

Italo Calvino

Las caracolas y el tiempo

La documentación de la vida sobre la Tierra, muy escasa para el periodo precámbrico, es inesperadamente abundantísima a partir de hace unos quinientos veinte millones de años. En efecto, en el Cámbrico y en el Ordoviciense, los organismos vivientes comienzan a segregarse caracolas calcáreas que se conservarán como fósiles en los estratos geológicos.

¿Quién creéis que os ha hecho entrar en la dimensión en que todos estáis inmersos, hasta el punto de creer que nacisteis en ella y por ella? Fui yo —*se oyó exclamar a la voz de Qfwfq saliendo de debajo de una caracola*—, yo mísero molusco condenado a vivir momento a momento, yo, prisionero perpetuo de un interminable presente. Es inútil que finjáis comprender, no podéis adivinar de qué estoy hablando. Hablo del tiempo. Si no hubiera sido por mí no habría tiempo.

Porque, escuchadme bien, yo no tenía ni idea de cómo podía ser el tiempo y tampoco tenía idea de que pudiera existir algo como el tiempo. Los días y las noches me caían encima como las olas, intercambiables, iguales o marcados por diferencias casuales, un sube y baja en el que era imposible establecer un sentido y una norma. Pero al construirme la caracola la intención que tenía ya estaba de alguna manera ligada al tiempo, una intención de separar mi presente de la solución corrosiva de todos los presentes, alejarlo, aislarlo. El presente me caía encima de muchas maneras distintas entre las cuales no conseguía establecer ninguna sucesión: oleadas noches tardes reflujos inviernos cuartos de luna mareas canículas; mi miedo era perderme en ellos, romperme en tantos yo mismos como fragmentos de presente me caían encima superponiéndose el uno al otro y que, por lo que yo sabía, podían ser todos contemporáneos, habitados cada uno por un trocito de mí mismo contemporáneo de los demás.

Era necesario que comenzara por fijar signos en la continuidad inconmensurable: establecer una serie de intervalos, es decir, de números. La materia calcárea que segregaba haciéndola girar en espiral sobre sí misma era precisamente algo que proseguía ininterrumpido, pero mientras tanto, en cada vuelta de espiral, separaba el borde de una vuelta del borde de otra vuelta, por lo cual, si quería contar algo, podía empezar por contar esas vueltas. Resumiendo, lo que quería fabricarme era un tiempo solamente mío, regulado exclusivamente por mí, encerrado: un reloj que no tenía que dar cuentas a nadie de lo que señalaba. Habría querido fabricar un tiempo —caracola larguísimo, ininterrumpido, continuar mi espiral sin parar nunca.

Me dedicaba a ello con todas mis fuerzas, y seguramente no era el único: al mismo tiempo, otros muchos estaban intentando construir sus caracolas sin fin; que lo consiguiera yo u otro no importaba: bastaba con que uno cualquiera de nosotros consiguiera hacer una espiral interminable y el tiempo habría existido, eso habría sido el tiempo. Pero ahora debo decir lo más difícil de decir (más difícil todavía que conciliarlo con el hecho de que yo estoy aquí y os hablo): el tiempo que no logra mantenerse, que se deshace, que se derrumba como una orilla de arena, el tiempo tallado como una cristalización salina, ramificado como un arrecife de coral, agujereado como una esponja (y no os digo a través de qué agujero, a través

de qué grieta pasé para llegar hasta aquí). No se lograba construir la espiral sin fin: la caracola crecía, crecía, y en un determinado momento se detenía, punto. Se acababa. En otra parte comenzaban otros, miles de caracolas comenzaban a cada momento, miles y miles seguían creciendo en cada fase del envolvimiento de la espiral, y todas, antes o después, de un momento a otro se paraban; las olas se llevaban una envoltura vacía.

El nuestro era un trabajo inútil: el tiempo se negaba a durar; era una sustancia friable, destinada a terminar en pedazos; las nuestras sólo eran ilusiones de tiempo que duraban lo que la longitud de una exigua espiral de caracola, astillas de tiempo separadas y distintas la una de la otra, una aquí y otra allá, no relacionables ni comparables entre sí.

Y sobre los despojos de nuestro obstinado trabajo se posaba la arena que en irregulares ventoleras el tiempo-arena alzaba y dejaba caer sepultando a las caracolas vacías bajo estratos sucesivos en el vientre de altiplanicies sumergidas y alternativamente emergidas cuando los mares volvían a invadir los continentes y a recubrirlos de nuevas lluvias de caracolas vacías. Así, de nuestra derrota se amasaba la sustancia del mundo.

¿Cómo podíamos suponer que aquel cementerio de caracolas fuera la verdadera caracola, la que con todas nuestras fuerzas habíamos intentado construir y creíamos no haber conseguido? Ahora está claro que la fabricación del tiempo consistía precisamente en la derrota de nuestros esfuerzos por fabricarlo; sólo que no habíamos trabajado para nosotros, sino para vosotros. Los moluscos, que fuimos los primeros en tener la intención de durar, hemos regalado nuestro reino, el tiempo, a la más voluble raza de habitantes de lo provisional: la humanidad, a la que si no fuera por nosotros nunca se le habría ocurrido. La sección vertical de la corteza terrestre tuvo que hacer reaflojar nuestros cascarones abandonados cien trescientos quinientos millones de años antes, para que la dimensión vertical del tiempo se abriera a vosotros y os liberara del giro siempre repetido de la rueda de los astros en la que seguís encasillando el curso de vuestro existir fragmentario.

No niego que una parte del mérito también es vuestra, lo que estaba escrito entre las líneas del cuaderno de tierra fuisteis vosotros los que supisteis leerlo (uso vuestra metáfora habitual, la cosa escrita, de ahí no se escapa, es la demostración de que estamos en vuestro territorio, ya no en el mío), conseguisteis enumerar los caracteres revueltos de nuestro balbuciente alfabeto desparramado entre intervalos milenarios de silencio; de esto habéis sacado todo un discurso lógico, un discurso *sobre vosotros*. Pero decidme cómo nos habrías leído allí en medio si nosotros, aun no sabiendo nada, no nos hubiéramos escrito, o sea si nosotros, sabiéndolo bien, no hubiéramos querido escribir (sigo con vuestras metáforas, visto que las hay), signar, ser signo, enlace, relación de nosotros con otros, lo que siendo lo que es en sí y por sí acepta ser otra cosa para los demás...

Alguien debía comenzar: no tanto a hacer como a hacerse, a hacerse algo, a hacerse en aquello que hacía, a hacer que todas las cosas dejadas, las cosas sepultadas, fueran signos de otro: la impronta de las espinas del pez en la arcilla, los bosques carbonizados y petrolíferos, la patada del dinosaurio de Texas en el fango del Cretáceo, las piedras astilladas del Paleolítico, la carcasa del mamut encontrado en la tundra de Bereskova conservando entre los dientes los restos de los ranúnculos pisoteados hace doce mil años, la Venus de Willendorf, las ruinas de Ur, los rollos de los esenios, la punta de lanza lombarda despuntada de Torcello, el templo de los templarios, el tesoro de los incas, el Palacio de Invierno y el Instituto Smolny, el cementerio de coches...

A partir de nuestras espirales interrumpidas construisteis una espiral continua a la que llamáis historia. No sé si es para alegrarse tanto; no sé juzgar este algo no mío; para mí eso sólo es el tiempo-impronta, la huella de nuestra empresa fracasada, el envés del tiempo, una

estratificación de restos y cascarones y necrópolis y montones de lo que perdiéndose se ha salvado, de lo que habiéndose detenido os ha alcanzado. Vuestra historia es lo contrario que la nuestra, lo contrario de la historia de lo que moviéndose no ha llegado, de lo que para durar se perdió: la mano que modeló la vasija, los estantes que ardieron en Alejandría, la pronunciación del escriba, la pulpa del molusco que segregaba la caracola...